

LA FRONTERA. UNA EVOLUCIÓN DEL BARROCO AL ROMANTICISMO

ANTONIO LINAGE CONDE
Universidad de San Pablo, CEU

Para mi paisano Antonio Ramón Calleja, por sus inquietudes nobles en el amor a la tierra.

En su exilio porteño, don Claudio Sánchez-Albornoz publicó el libro titulado *Despoblación y repoblación del Valle del Duero*, quizás el más enjundioso de los suyos. En él defendía la tesis de la tal eremación, quedándose corto el título en cuanto a su delimitación geográfica, la cual con un poco de buena voluntad podría extenderse todo a lo ancho de una faja peninsular con los extremos en Oporto y Barcelona. Respondía en esa obra don Claudio a unas breves líneas de don Ramón Menéndez-Pidal negadoras de esa desertización. En los treinta y cinco años transcurridos desde la aparición de dicho volumen el tema se ha seguido controvertiendo. Han abundado los negadores, sí. Pero si nos fijamos en sus argumentos habremos de convenir en que bastantes de ellos serían sólo válidos contra la afirmación de que el desierto en cuestión hubiera sido lunar, sin un solo habitante, por no decir sin vida. Mas los desiertos de la tierra, en la cual vive el hombre y transcurre la historia, no son así. Tienen habitantes, no sé si podríamos decir también vecinos o domiciliados. La peculiaridad está en su densidad, determinante por lo escasa de una geografía humana diferenciada. Don José-María Lacarra me decía en una carta, relativa a mi tierra nativa sepulvedana, que también el Sahara es un desierto, y sin embargo todos sabemos que hay saharianos¹.

¹ Perdón por esta aparente *boutade*: el día de los Santos de 1915, el eremita Charles de Foucauld escribía desde su retiro sahariano de Tamanrasset a un señor llamado M. Lustoslawski:

Antes de proseguir, dejemos sentado que el desierto de que estamos tratando, por su magnitud e índole no pudo ser una frontera. Era una tierra muy extensa, que a su vez tenía una frontera cristiana al norte y otra frontera musulmana al sur. Naturalmente que su papel en las relaciones, ora bélicas ora de convivencia, entre aquellas dos Españas, fue decisiva. Unos y otros hubieron de transitar a su través en cuanto su inclemencia lo permitía, acaso más mezclados que en las tierras delimitadas de cada uno. Por ello no creemos acertado llamarlo, como se viene admitiendo, desierto estratégico, lo cual implicaría privarlo de su tremenda autonomía. Y además podría dar la sensación de haber sido creado *ad hoc* con esas miras, una tarea que habría resultado imposible y que cuando se intentó, si es que de veras lo fue tan categóricamente como se nos ha dejado escrito, en los días de Alfonso I, sólo pudo alcanzar la categoría de factor coadyuvante. En cambio los escasísimos textos hispanoárabes que lo mencionan tienen un cierto aroma poético, un factor por lo tanto a no preterir.

Y no me es posible dejar de recurrir, acá llegado, a una experiencia personal. Cuando, ya bastante adulto yo, tuve noticia de la tesis de la desertización, sentí que la historia de mi citada tierra nativa se me aclaraba, como si en cambio antes me hubiera llegado solamente a través de las piezas de un rompecabezas pero incompletas, y ahora dispusiera de las que faltaban o al menos se me hubieran facilitado los elementos necesarios para suplirlas.

¿Sería una intuición, determinada por la gemela extrañeza de su respectivo contexto, la que hizo a Alejandro Herculano formular por primera vez esa aseveración? Lo cierto es que antes de que así se sentara, por escrito, tardía y académicamente, había quienes creían en ella, aunque sólo de palabra lo expresaran, claro está que en aquellos los tiempos de nuestros mayores en que se hablaba más y más denso. Un dato en que no se ha reparado, que yo sepa, pero que nos ha llegado por lo menos en un testimonio que no podemos aislar, sino darle la significación de un síntoma.

El cronista Diego de Colmenares, en su *Historia de Segovia y compendio de las historias de Castilla*, obra dada a los tórculos en 1637, al referirse a Ilderredo, el primer obispo de la diócesis nuevamente creada de Simancas, cerca ya de mediar el siglo décimo, personaje que caprichosamente utilizó el título de obispo de Segovia,

«[...] Durante mucho tiempo se había creído que el Sahara era enteramente estéril y estaba inhabitado. Esto era un error. Pero es verdad que sus habitantes son poco numerosos y no tienen la vida fácil» (apud. el catálogo «Lettres autographes, año 147, núm. 829, marzo del año 2001, núm de la pieza 46558, pág. 38). ¿Serán víctimas de una creencia pareja en cuanto al desierto de nuestra tierra ciertos de sus negadores?

alude a la tesis de la despoblación, algo insólito entonces y que desde luego no comparte, «contra lo que en nuestros tiempos se ha escrito inadvertidamente de que nuestra ciudad y su comarca estaba desierta por esos años». ¿Quién lo escribió? Confesamos no haberlo encontrado. Don Claudio tampoco lo halló, por otra parte no cita la alusión de Colmenares, dando las primicias historiográficas en la materia al citado portugués Alejandro Herculano, «el solitario de Valle del Lobo» que le llamó el tan lusófilo Unamuno. Sin embargo, a nosotros nos parece que esa mención del párroco de San Juan de los Caballeros en la ciudad episcopal, que antes lo había sido del pueblo de Valdesimonte, en la parte de la diócesis ya frontera con las tierras de Sepúlveda, aunque alude a un escrito que indudablemente existía, más bien está pensando en algo que circulaba de boca en boca, en un ambiente minoritario claro, tertulias de rebotica y sacristía por ejemplo y sólo de tarde en tarde, a guisa de interludio de las distracciones o preocupaciones de la actualidad inmediata que por supuesto era la local. Una prueba de que no todo lo que circula en la vida del intelecto pasa por los libros, ni siquiera en civilizaciones tan librarias como la nuestra. Aunque siendo muy variopintas las motivaciones de la falta de literarización en cada caso. ¿En éste podría serlo el recelo a alguna capitidismución de la gesta reconquistadora y la floresta de sus leyendas heroicas? Acaso. Tengamos también en cuenta que una despoblación lenta a la fuerza e irreductible a lo evenemencial es una página que se escapa a la crónica, género historiográfico el único que conoció la España cristiana de aquellos remotos siglos. Otra cosa son las batallas, o incluso las correrías, aunque lo sean en tierra de nadie, dato éste por otra parte muy propicio a escamotearse.

... Pero puso el dedo en la llaga uno de los anotadores manuscritos del libro de Colmenares, el marqués de Mondéjar², cuando a propósito de una donación efectuada en aquel contexto apostillaba: «No se infiere, que bien se la podía dar sin que la ciudad lo estuviera». Desde luego. Una donación de una tierra puede hacerse sobre el papel aunque la tierra sea inasequible, por estar bajo soberanía enemiga o en una tierra de nadie, doblemente peligrosa, tanto por el enemigo al otro lado como por las asechanzas del propio desierto en que consiste. Sobre el papel pero no frívolamente, sino transmitiendo una expectativa. Como el cambio de título de su sede por Ilderredo implicaba la esperanza de hacer suyo el territorio segoviano cuando fuese arrancado a la maleza que le dominaba y puesto al abrigo del retorno de los enemigos del sur.

² Manejamos la edición de la Academia de San Quirce de Segovia (1969) I, 195. En su aparato crítico se recogen estas notas hasta entonces inéditas.

DE LA REPOBLACIÓN A LA RECONQUISTA

Sabida es la índole paupérrima de las crónicas altomedievales de la España cristiana. Su estilo es telegráfico literalmente. Son sartas de noticias transmitidas como los telegramas cuando llegó su hora.

Una de estas crónicas, la de Alfonso III, por cierto la primera vez en que aparece mencionada Sepúlveda y escrito su nombre, nos dice que ésta, con otras muchas ciudades a lo largo y ancho de un territorio muy extenso, fue desertizada, eremada, despoblada por Alfonso I en su magna correría bélica desde su solar astur. Damos por bueno el dato, con tal de reducir a sus justos límites el papel del monarca en la causación del fenómeno. Admitimos que pasó por Sepúlveda, como por los otros lugares, más que desertizándolos levantando acta de la previa desertización fatal que habían sufrido, naturalmente no evenencialmente sino a más parsimonioso ritmo. Naturalmente que su incursión no fue repobladora, al contrario. Pero eso fue todo.

La repoblación llegó por obra del conde castellano Fernán González, en un gesto desde luego audaz, por lo avanzado de la posición sepulvedana sobre el Duratón en una fecha tan temprana como era el año 940. El historiador silense fray Justo Pérez de Urbel la llamó salto de tigre. Las crónicas de la época se limitan consignar que el conde repobló la villa, mejor dicho que la pobló, *populavit Septempubicam*. Hace tiempo que hemos tratado estas cuestiones y por ello podemos ahorrar las referencias más precisas.

Ahora bien, los curiosos que consulten en su topónimo la Enciclopedia Espasa, se encontrarán convertida esa repoblación en una reconquista en la cual desempeñó un papel decisivo el duelo cuerpo a cuerpo del conde cristiano con los dos supuestos alcaides moros encargados de defender la supuesta población. Sabemos quién es el autor de la noticia anónima, un polígrafo cuyo oficio era corrector de pruebas en la editorial Espasa precisamente, Ángel Dotor y Muncio, hombre de sencilla vida a caballo entre la tierra diocesana de Segovia y La Mancha, al fin y al cabo exponente de la fecundidad literaria de aquella España de la edad de plata que luego se frustró trágicamente. Ya había vulgarizado esa amplificación imaginativa en su libro de viajes *Don Quijote y el Cid*. Pero la había tomado del propio Colmenares que la incluyó en su citada historia segoviana. Y quien a su vez dio a luz la inédita de un «historiador» benedictino ya de los tiempos de la Congregación de Valladolid, fray Gonzalo de Arredondo y Alvarado, el cual la escribió en el segundo cuarto del siglo XVI³. Nos consta⁴ que se la remitió el abad Mauro de Tovar, por

³ Hay que retrasar la fecha de 1500 que consignan los editores de Colmenares.

⁴ Págs. 183-5 y nota de la pág. 38). del libro citado en la nota anterior.

medio de una carta escrita al clérigo cronista en diciembre de 1634 por Diego de la Hoz Villafañe⁵.

El «pobló Sepúlveda» de la parca pero verídica historiografía se ha transformado en un combate caballeresco que remata una acción militar victoriosa llamado a gozar de la aceptación común. Si abrimos el *Quijote* de Avellaneda, nos encontramos, si bien contada anticipatoriamente, en futurible, una de tantas acciones de esa índole⁶: «Tras lo cual, volviendo yo luego las riendas a Rocinante, para tomar la parte del sol que más me tocara, comenzarán a sonar las trompetas, al son de las cuales arrancaremos como el viento los dos valerosos guerreros, y él no errará el golpe, porque dándome en medio de la adarga sin poderla pasar, me hará con la fuerza del torcer un poco el cuerpo, volando las piezas de la lanza por el aire, pero yo, como más diestro, le daré por medio de la visera con tal fuerza, que siéndole sacada de la cabeza, caerá del atroz golpe en tierra por las ancas del caballo, si bien, como es ligero, se pondrá luego otra vez en pie, y se vendrá para mí con la espada en la mano, y yo, por no hacer la batalla con ventaja, abajaré de mi caballo en el aire, no obstante que muchos lo juzgarán a locura, y metiendo mano a mi cortadora espada, comenzaremos entre los dos el porfiado combate, mas él, no pudiendo atender a mis golpes, me rogará que descansemos un poco, por verse algo fatigado, aunque yo, sin atender a sus ruegos, tomaré la espada a dos manos, y levantándola con un heroico despecho, la dejaré caer con tal furia sobre su desarmada cabeza que, acertándole de lleno, se la abriré hasta los pechos, dando del cruel golpe tan horrenda caída en tierra, que hará estremecer toda la ancha plaza, y aun venir al suelo más de cuatro barreras y tablados». No es preciso continuar. Lo que se decía iba a ser y no fue, puesto en razón que se parezca a lo que se dijo fue y no había sido.

Arredondo⁷ fue monje y abad de Arlanza⁸, los Reyes Católicos le habían nombrado su cronista, y Carlos I, en 1520, le encargó ordenar y abreviar nada menos que «la Crónica de España»⁹ y las de Fernán González y el Cid¹⁰. Obedeciendo

⁵ Véanse los detalles en la noticia de Mariano Quintanilla en «Estudios Segovianos» 6 (1954) 492-506.

⁶ Edición de Cayetano Rosell (Biblioteca de Autores Españoles, 18; Madrid, 1946) 89; del capítulo 28; «de cómo don Quijote y su compañía llegaron a Alcalá, do fue libre de la muerte por un extraño caso, y del peligro en que allí se vio por querer probar una peligrosa aventura».

⁷ *Varones insignes de la Congregación de Valladolid según un manuscrito del siglo XVII prologado y completado por fray Justo Pérez de Urbel* (=«El Museo de Pontevedra», 20-21, 1967) 338.

⁸ E. ZARAGOZA PASCUAL: *Los generales de la Congregación de San Benito de Valladolid, 2, Los abades trienales, 1499-1568* (Silos, 1973) 83-91 y 460-1.

⁹ Su *Historia de los Reyes de Castilla* está inédita en El Escorial, V. II.8; no nos consta la procedencia del manuscrito de su *Historia del monasterio de Arlanza*. Se le atribuye una *Recopilación de los libros antiguos de Vizcaya*, que da como impreso dubitativamente Zaragoza.

el mandato escribió la llamada *Crónica brevemente sacada del conde Fernán González*¹¹, la *Crónica del santo y valeroso caballero el conde Fernán González*¹², y la *Crónica de los famosos hechos y exemplos del excelentísimo y fuerte caballero conde don Fernán González*¹³. Y también la que llamó por su monasterio *Crónica arlantina de los famosos y grandes hechos de los bienaventurados caballeros santos, conde Fernán González y Cid Ruy Díez* (sic), y *universales crónicas, entretejiendo vicios y virtudes, viejo y nuevo testamento, leyes humanas y divinas, poetas y filósofos, coronistas y decretos y hechos famosos y notables desde el principio del mundo*¹⁴. Como hemos visto mucho más cerca de la poesía épica que de la historia. Precisamente el buen benedictino es autor también de la que tituló *Arlantina, poema en redondillas de arte mayor*¹⁵.

De este monje que presagia el barroco, si ya no está sencillamente en él, vamos a pasar a un autor dramático de dos siglos más tarde. ¿Del neoclásico? Tengamos en cuenta que en el setecientos éste luchó con el anterior, sin obtener una victoria total ni mucho menos. ¿O acaso no fue el del triunfo de los Churriguera? Pero además, concretamente, nuestro dramaturgo es uno de quienes entonces se rebelaron contra la tiranía de las tres unidades, ese bozal que nos cuesta trabajo entender llegara a arrastrar a hombres de talento, aunque acaso no de imaginación:

¿TEATRO O LIBRO DE TEATRO?

Manuel-Fermín de Laviano¹⁶, fue muy fecundo¹⁷, compatibilizada su producción continua y variada con sus menesteres de secretario del duque de Híjar y

¹⁰ De éste se dijo que había escrito la que llamó *Crónica arlantina del Cid*, inédita en la Real Academia de la Historia, D-42. Pero como vamos inmediatamente a ver el dato es inexacto.

¹¹ Ms. 6930, I-209, F-68 de la Biblioteca Nacional, también Y.III.2.V.II.8, copias en El Escorial, y 2-M-5 y 2-F-3 de Palacio, todas del XVI.

¹² Ms. 894 de la Nacional.

¹³ Zaragoza no indica dónde está el manuscrito de que nos informa.

¹⁴ Ms. (1522) del Escorial Y-3.º e I-31 y F-68 de la Nacional. Todas estas referencias son de Zaragoza, que amplía y corrige las del texto editado por fray Justo.

¹⁵ Ms. D-22 de la Real Academia de la Historia.

¹⁶ Guillermo CARNERO, coord.: *Historia de la literatura española* dir. Víctor García de la Concha, 7 (=Siglo XVII, 2; Madrid, 1995) 843-5. (Allí las referencias a los estudios de Entrambasaguas y Palacios Fernández).

¹⁷ También tradujo a Goldoni, éste en la línea de alguna comedia de época de su autoría, aunque su género era el tal heroico llegando en alguna ocasión a lo trágico sin más.

oficial de la Hacienda Real. Para los estudiosos es uno de los candidatos a modelo del personaje Eleuterio de *La Comedia Nueva* de Moratín. De 1785 es *El castellano adalid y toma de Sepúlveda por el conde Fernán González*. Acusar de impropiedad histórica al cronista real Arredondo no sería impropio. Pero sí hacerle el reproche¹⁸ a este fabulador teatral¹⁹, desde luego «del gusto popular, por utilizar los lugares comunes y el consabido ruido de batallas y desfiles». De ahí que a veces estas piezas se escribieran sin otra ambición que la de ser representadas en privado, para lo cual a veces eran encargadas. Por cierto que ello nos hace reflexionar en sí, sobre todo a raíz de la aparición de la imprenta, nuestras literaturas escritas no se han mantenido demasiado lejos de la oralidad, obsesionadas exageradamente por los tórculos. Estando un cierto remedio en los ambientes a puerta cerrada de que estamos diciendo.

La extensa pieza, que ha quedado manuscrita está nominalmente dividida en tres actos, llamados unas veces así y otras jornadas, pero dentro de ellos hay varias subdivisiones, radicalmente distintas en decoración y acción, o sea que se trata de más divisiones genuinas, con lo cual aquel número no pasa de la teoría o el nombre. Así comienza: «Salón largo, bien adornado con dosel, en el que está colgado un retrato (*sic*) de Almanzor, y sillón debajo. A los dos lados del dosel, dos sillas para Abismén y Abubad, y enseguida de éstas otras dos a cada lado. Aparecen sentados Abismén, Abubad, Fátima, Ceylán, Muza y Amer, detrás Fátima. Acompañamiento de damas moras, dos centinelas a los dos lados del dosel y tropas árabes repartidas por los dos lados del teatro».

Fátima es hija de Abismén. El primer cuadro tiene por argumento la deliberación entre los citados personajes acerca de la manera adecuada para enfrentarse con el conde Fernán. Se incurre en el horrible disparate de hacerle a éste ya dueño de Segovia, o sea que se vuelve la reconquista al revés. Una opinión es presentar batalla, otra resguardarse intramuros esperando que las inclemencias del tiempo en todos los sentidos ahorren el combate. Fátima propone parlamentar en pos de un levantamiento del cerco y se adopta su aviso. Complicando y adicionando el relato de Arredondo, se hace a Ceylán tirar a traición una cuchillada al Conde. Después

¹⁸ Aunque no nos extrañe que llegara a «la falta de rigor en la reproducción de ambientes y costumbres».

¹⁹ Más merecidamente habría que apuntar en su debe, como en el de sus compañeros de tendencia, estilo, construcción y argumentos, de «la facilidad para cultivar varios géneros que en ocasiones son dispares. Pasan de la tragedia al sainete con absoluta facilidad, pero lógicamente las diferencias genéricas acaban reduciéndose a lo más superficial. El proceso de creación suele ser muy similar. Estos autores siempre parten del convencimiento de las posibilidades de éxito de un género o, a veces, del encargo de una compañía o institución».

de morir Abismén a manos del último, éste deja libre a Fátima para que se ocupe de su entierro en Sepúlveda con arreglo a su costumbre. (Dicho sea de paso, todavía vive gente que se acuerda del curioso sepelio allí de un combatiente moro muerto en su hospital de sangre durante la guerra civil, por supuesto fuera de sagrado y con unas curiosidades entonces insólitas a cargo de sus correligionarios. La noria de la historia da muchas vueltas). Coprotagonista de esa caballeridad es Ramiro, hijo de Félix, un sobrino del Conde, también otro de los personajes. Se tiende pues a la polarización de las actitudes morales y el esponjarse fácil de los sentimientos, tal y como se se presentan escasamente complicados.

La acotación que ha permitido esos lances reza así: «Selva corta. Marcha de caja y clarín. Salen primero delante de las tropas castellanas como mandando la vanguardia. En el centro. Gonzalo Sánchez, que traerá el estandarte del Conde, en el que se verán las armas de Castilla, y detrás de todos el Conde Fernán González, con su hermano Félix»²⁰. Y más adelante: «Bosque largo, todo lo que permita el foro. Desde el fondo hasta la mitad del teatro estará poblado de árboles corpulentos, en el mayor número que permita el terreno, y al pie de cada árbol, habrá una porción considerable de ramas o matas que suban hasta cubrir la mitad de los troncos. Debe ser muy grande la espesura de este bosque, porque se ha de representar una emboscada. Salen Abismén, Fátima, Muza y Amer, con mucho número de moros, sin toque de marcha». Notemos este último contraste con los cristianos, acorde a la concepción un tanto monolítica de que decimos.

En el segundo se sigue desarrollando ese planteamiento. Abudad ha pasado a representar a la morisma sin cambiar de talante. Pero la entraña argumental está en Fátima, más y más inclinada al regazo noble de los cristianos. El primer cuadro se desarrolla en los peñascales comarcanos. El segundo en la Plaza de la Villa. Se mantiene pues el enfrentamiento militar.

«Bosque en todo el foro –dice aquél–. Al lado izquierdo y desde el bastidor alto de la izquierda hasta la mitad del telón, se verá lateral un lienzo de muralla. Sobre una peña tendrá su puerta la iglesia de Castrillo, que caerá sobre otro peñasco, el cual ocupará todo el trecho que haya de muro, de suerte que parezca que entre aquél y éste hay un foso. Desde este segundo peñasco, habrá la correspondiente atalaya al teatro. Al son de cajas destempladas salen soldados castellanos, y en hombros de cuatro cabos moros Abismén, cerrando la comparsa otros soldados castellanos, y detrás de todos Ramiro, y Fátima que sola va llorando. El muro está guarnecido de moros». El paraje es el cañón del Duratón, y la iglesia la románica de

²⁰ Después: «Se ponen en el mismo orden de marcha con que salieron, y al ir a principiarla, la suspenden por las voces del Conde».

San Julián, de la que todavía quedan ruinas. Es curioso que allí mismo, junto al río, situaría en el siglo siguiente Hartzembusch una comedia de sentimientos y algún misterio, *Honoría*. Después: «Vista de todo foro. Fachada principal de la Plaza contra la muralla todo el ancho del teatro, y a los dos extremos saldrán dos cubos de la misma muralla a encontrarse con los bastidores altos de ambos lados. A medias del muro habrá una puerta transitable, y se verán por cima de ello edificios del pueblo, por los cuales oscurecido que sea el teatro se verán luces artificiales. Hay centinelas moros sobre el muro, empieza a oscurecerse el teatro, y salen Muza y Amet vestidos de castellanos con espada y dagas». En la realidad, la topografía de la Plaza en relación con la planimetría y alturas de la Villa impide esa vista. Sin embargo, nos parece seguro que el autor estuvo en Sepúlveda por otros detalles.

El acto tercero tiene la acotación brevísima: «Bosque corto, oscuro, y aclara al aviso. Salen Guillén y Ramiro». Y ya en la pendiente del desenlace, Fátima dice:

*Observando que Guillén
del campamento separa
con gran misterio a Ramiro,
quiero ver de qué tratan,
pues una interior zozobra
anuncia cuidado al alma.*

Soy su esclava, pues me tiene su favor esclavizada, dice enseguida. Hay algunas intrigas accesorias cuyo desenlace tiende a acuñar con nitidez este sentimiento y la consiguiente actuación. Abubad decide hacer de los cristianos escudos humanos para defender la Villa. Elvira, hermana de Guillén, es una prisionera cristiana que hace cierta sombra en la trama a Fátima. «La vista de la Plaza murada del fin de la jornada primera. Diversos cuerpos de cristianos muertos con las cabezas separadas de ellos esparcidas por el teatro. Ceylán y moros sobre la muralla. Y al son de caja y clarín salen el Conde, Félix, Ramiro, Guillén, y Sancho que trae el estandarte del Conde, con el mayor número de soldados que sea posible. Uno de éstos traerá el estandarte de Guillén, que será un león sobre campo blanco. Traen escalas los soldados». Antes del asalto: «Toma el Conde la daga por la punta, ponen las manos izquierdas en la cruz y las derechas en la espada, también el Conde». Al fin se concierta un desafío entre éste y Abubad, el cual dice que no lo hace por Fátima, sino por un dueño más alto. Parece se trata de Elvira. Abubad es muerto por el Conde. Dice Fátima:

*¡Oh, qué día tan cruel
para Sepúlveda! En vano
será que Ceylán resista,
porque son tan esforzados*

*tus soldados, conde invicto,
que en su acero y con su mano
la misma muerte parece
que da los golpes dictando.*

Sigue todavía la lucha cuerpo a cuerpo en que participan el Conde y los demás personajes directamente.

No cuesta trabajo adivinar el desenlace. Muy pocos versos quedan después de «rendirse» Fátima a Ramiro:

*Y yo que quiero dejar
la secta en que me he criado
y pretendo ser cristiana
tu auxilio especial reclamo.*

Es el Conde quien contesta:

*Le tendrás, que esa noticia
el alma ha regocijado.*

Y Ramiro:

*Feliz, Fátima, y feliz
quien como yo te está amando.*

Con que, ¿pensaremos que los folios de no fácil letra y eso sí, buena conservación, de nuestro ingenio aragonés, están en su merecido sitio olvidados bajo mucho polvo en la Biblioteca Nacional? Yo a este propósito recuerdo que siempre que me he desprendido de un libro he acabado por arrepentirme. Cual si fuera infalible el axioma de que en cualquiera de ellos hay algo útil o dulce. En todo caso, en esta pieza hay alguna conexión con el acto siguiente de nuestro argumento, el romántico. Claro que ésa es una constante de todo el Setecientos, al fin y al cabo tenida en cuenta, no como la exuberancia barroca, preterida tácita o incluso expresamente, cual si la familia Churriguera hubiera vivido en otros tiempos.

EL ADVENIMIENTO DE LA MAUROFILIA

En una por su autor llamada «novela-museo», por llevar consigo una genuina guía turística de Sevilla, *La locura de un erudito*, el astigitano José Mas y Laglera, hijo de Benito Mas y Prat, conocido por su obra monumental *La tierra de María Santísima*, juzga el edificio del actual Archivo de Indias como un injerto de sequedad cristiana y castellana en la esplendente ciudad de nostalgias árabes. Y pone este pasado por encima incondicionalmente del que vino después. Una postura que aquí nos interesa como síntoma. Habiendo de tenerse en cuenta que, cuando se

formuló, se vivía una circunstancia menos compatible con la entrega a la exaltación de esas «islas del Guadalquivir, donde se fueron los moros que no se quisieron ir», en el verso del poeta ganadero Fernando Villalón. Nos referimos a la guerra de África, esta segunda mucho más sangrienta que la del siglo anterior, y sin su aureola romántica, ni la circunstancia de servir de compensación al fin y al cabo ultramarina al desastre americano en una cierta mentalidad quizás también popular²¹. Luego tuvo lugar la intervención de los mercenarios de Franco en la guerra civil. Por lo cual, para valorar la actitud hacia el mundo islámico de nuestros abuelos del ochocientos hay que evitar el anacronismo de dar por supuestos esos motivos discordantes.

Para entender la evolución hasta él de la centuria anterior, hay que tener en cuenta que, al fin y al cabo el factor religioso era un muro entre esta y la otra orilla del Estrecho. Ahora bien, la Ilustración puede caracterizarse en lo más profundo como una reacción frente a las creencias heredadas, aunque sea raro que lo formule nítidamente. Sin embargo, esa puesta en cuarentena es agnóstica y racional, nada propicia a un credo distinto. Por otra parte, éste, el islámico, para sus fines de ordenación social resultaba menos adecuado aún que el cristiano, menos propicio a dejarse utilizar una vez reducido a higiene y funcionalidad espirituales. En cambio, circulaba entonces el mito del buen salvaje. Éste como nostalgia de una supuesta época en la cual el orden no era siquiera necesario, quizás la única evasión que esas gentes se permitían.

Con el romanticismo todo cambia. ¿No se define al fin y al cabo por la irrupción del desbordamiento irracional? Desde esa óptica, el exotismo eróticamente ensoñado de lo árabe aparece tan esplendente que no deja reflexionar en torno a sustrato doctrinal alguno. Mientras que el cristianismo ambiental puede ser visto como un ennegrecimiento de la vida. Aunque no podemos olvidarnos de la otra ala coetánea, la que manteniéndose tan fiel a los vientos de la época tenía su ideal en las catedrales del medievo. Aparte de que, aun en la que podríamos llamar el ala izquierda, el esteticismo católico no dejaba de contar. Al fin y al cabo fue Víctor Hugo quien escribió *Nuestra Señora de París*. De una visión suya pareja de la religión musulmana, no creemos en cambio poder decir. Parece un factor que no se toma en cuenta cuando se piensa caballeresco o eróticamente en la otra orilla y sus harenes y policromías, éstas también acústicas. Por eso tampoco creemos se habrían sentido acordes al ecumenismo vaticano hodierno. Quizás les habría pareci-

²¹ Pensamos en el eximio cronista bélico, Pedro-Antonio de Alarcón. Galdós en uno de sus *Episodios* le describe casi como un moro, cariñosamente. Sin embargo apenas parece posible ver en él un exponente de maurofilia alguna.

do demasiado racional, ilustrado en definitiva. En todo caso no hay que perder nunca de vista que era el individualismo el factor en ellos predominante. A cual más lejos de la rebeldía ordenadamente colectiva de sus abuelos de la centuria tramontada.

De esta manera, quizás adelantándose algo al señuelo del alhambrismo en la plástica europea y americana, y a la exaltación entre docta e imaginativa del mudéjar, surge la maurofilia en la literatura, al principio puede ser que como una elaboración culta y vertida a la nueva sensibilidad y escala de valores del viejo romancero heroico. Y es así como en las *Orientales* de Zorrilla y en ese esplendoroso poema del malagueño Gregorio Romero Larrañaga, *El de la cruz colorada*, Al-Andalus se ha convertido en una aspiración, tanto más entroncada en el romanticismo en cuanto el retorno se ve desde un principio cual imposible.

Terminamos con una sugerencia a propósito de la materialidad de uno y otro libro. No creemos que sea frívolo recurrir al continente y no sólo al contenido de éstos, tanto antes como ahora, cuando ya son otros «soportes» sin necesidad de papel los que pueden barajarse para transmitir la grafía de las civilizaciones alfabetizadas. En 1901 se hizo una magnífica edición, dos tomos en gran folio, de las *Leyendas* de Zorrilla, salida de los tórculos madrileños de los Sucesores de Rivadeneira, el editor Manuel-Pedro Delgado. Su director artístico fue nada menos que José-Ramón Mérida. Los ilustradores, Joaquín Sorolla, Cecilio Pla, Daniel Urrabieta Vierge, Alejandro Ferrant, Enrique Simonet y otros. El prologuista, Jacinto-Octavio Picón, era un novelista del pos-romanticismo ya por lo menos. Las reproducciones y las tiradas en color y en plancha de cobre se habían hecho en Viena y en París. No es preciso ponderar el despliegue de arte llevado consigo. Y pedimos sencillamente que se coteje con la obra maestra en el siglo anterior de la imprenta de Ibarra, el Salustio.